

# Jornadas literarias por La Mancha

El paisaje manchego es fuerte: por eso dicen que, un pintor célebre tiró los pinceles enfurecido, al mismo tiempo que decía: «Es imposible retratar la luz de estos campos». Algo difícil, sí, resulta comprender esta tierra, por eso quien no la comprende habla como el poeta.

«... Una hoguera  
de polvo es el llano...  
El aire calcina...  
En la carretera  
el eje de un carro lejano  
rechina...»

Es preciso entrar en La Mancha con la llaneza de su geografía, con la sencillez de sus costumbres, y dejar que su místico ascetismo vaya poco a poco transportando al espíritu por sus caminos, hacia la contemplación de cuanto grande y hermoso se encierra en ella.

Aquella impresión primera que causa, de ser esta tierra llana de difícil andadura por su aspereza, se ve prontamente desvanecida, con poco que se observe. Alguna loma, pequeños cerros, impiden la visión. Lomas y cerros puestos allí por el Creador, no para limitar el horizonte sino para que sirvan de escabel que aupen el cuerpo y pueda elevarse el espíritu; pues al subir a sus cumbres se repara en que, aquel mar de polvo, que parecía el camino, es solo una cinta, que enturbia un poquito del conjunto, que ahora se abre claro y diáfano a la contemplación. Y la deprimente impresión que causaban los verdes grisáceos del cenizo o de la rastrera correhuéla se disipa como por arte de magia al contemplar por doquiera se mire los vivos colores de los almonados cereales, de los trepadores sarmientos o de las desnudas barbecheras. Y al contemplar los colores de la alfombra que cubre esta tierra se aprende, que no es un desierto, que es tierra buena, que invita al estudio para conocerla y una vez conocida cala muy hondo el espíritu, tan hondo como cantó aquel poeta:

«.....  
tan adentro tu mágica grandeza  
que en la tierra manchega  
toda el alma se entrega  
y transida de amor, o canta o reza».

Suele decirse que Cervantes inmortalizó a esta tierra, mejor se diría que él se encumbró hablando de ella. Y al mentar a Cervantes recuerdo que en la otra jornada veíamos a Alcázar y su *relicario*, pues este es el nombre que mejor le cuadra a su vieja iglesia de Santa María.

Si al visitar a Alcázar hay necesariamente que hablar de Cervantes, al entrar en Santa María es obligado ver «la partida» y allí estaba el libro sobre la cajonería. De los escritores que acompañábamos unos no conocían a Foronda, el Doctor Póstumo,

otros en cambio estaban familiarizados con Astrana Marín, y así mientras aquéllos preguntaban, éstos nos hablaban de Oidor de Sevilla y del último grito en la cuestión cervantina: «Que Blas de Cervantes, el padre del supuesto Miguel, no fué Saavedra». No les convencen los argumentos que para hablar de esta tierra hay que conocerla, y en la controversia sacamos una conclusión seria: «Que Miguel de Cervantes conocería La Mancha en alguna jornada literaria» que hiciera.

Quizá sea una pura casualidad, pero el hecho es cierto: Alcázar está vinculada íntimamente con todos los pueblos y lugares y cosas que Cervantes escogiera para inmortalizar su obra. Hasta El Toboso, perteneciente antes al Campo de San Juan; hoy retirado de Alcázar por la moderna división de las provincias, se ve íntimamente relacionado con ella por los innumerables juros y censos que en Alcázar existían en favor de sus Trinitarias Recoletas, esas Dulcineas divinas que despreciaron todos los amores de los caballeros de esta hidalga tierra. Quizá también el acaso acumuló en esta tierra los apellidos Cervantes y los apellidos Saavedra. Otra casualidad también quizá haya hecho que en Alcázar se respiren aires del Quijote y se vivan tradiciones cervantinas. Quizá pura casualidad que en esta tierra mía tuviera inmensos rebaños, crujientes molinos, ruidosos batanes (recordemos que por el año 1775 los batanes de la fábrica de pólvora de Alcázar fueron llevados a Ruidera).

Quizá todas estas casualidades juntas ya no prueban nada, pero hay que conocerlas visitando a Alcázar, porque no son fábulas, porque son de su historia, que es la que habla.

La voz de Prieto nos vuelve al presente. ¿Es que no hay molinos en Alcázar? Todos los que quieras pero ya no *andan*, esta vez el gigante perdió la batalla. La riñó con el tiempo, ese loco que todo lo arrasa, y ahí los tienes, deshechos, tullidos, sin aspas, esperando... ¿quién sabe? Quizá que ese loco concluya su obra, hace tiempo ya comenzada, o tal vez que una mano amiga se apiadé y... coloque de nuevo sus aspas y hasta podía iluminarlos ¡¡qué bien que estarían iluminados los molinos de Alcázar!! diciendo al viajero que llega de noche: ¡Aquí está La Mancha! y al que se aleja: ¡Amigo, ahora dejas el corazón de La Mancha!

Y hablando con Prieto de los molinos de Alcázar, no hemos advertido que ya hemos salido de Santa María, sin contemplar nuevamente la pintura románica (romántica escribió el cajista en la anterior jornada) y hablar de su restauración para devolverle el incalculable valor que tiene, según decía minutos antes el Profesor Lafuente Ferrari.

El autobús espera y nosotros sentimos en los

(Pasa a la página 9)